

Editorial

Internet, datos y derechos: el desafío de nuestro tiempo

Vivimos en una era donde los datos se han transformado en uno de los activos más valiosos del planeta. En este escenario, el acceso a Internet ya no es un lujo ni una herramienta complementaria: es un requisito esencial para la participación ciudadana, el desarrollo económico y la innovación tecnológica. Hoy, más de 5.200 millones de personas están conectadas en el mundo, cifra que da cuenta de una revolución silenciosa pero profunda en la forma en que nos informamos, trabajamos y nos relacionamos.

La pandemia de COVID-19 aceleró esta transformación. Millones de personas debieron trasladar sus oficinas, salas de clases e incluso consultas médicas al espacio digital. Internet dejó de ser una alternativa para convertirse en la única vía posible. Sin embargo, esa misma experiencia dejó al descubierto una brecha que persiste: millones de personas aún carecen de conectividad adecuada, profundizando desigualdades tanto entre países como al interior de ellos.

No es casual que la Organización de las Naciones Unidas haya planteado el acceso a Internet como un derecho humano fundamental, vinculado directamente a la libertad de expresión y al acceso a derechos esenciales como la educación, el trabajo y la salud. Pero la discusión no termina en la conectividad. También involucra la protección de la privacidad y la seguridad de nuestros datos personales.

En la llamada sociedad del Big Data, cada acción digital deja huellas. Es posible predecir comportamientos, anticipar decisiones de consumo e incluso influir en preferencias sociales

o políticas. Ello abre oportunidades legítimas de desarrollo e innovación, pero también riesgos evidentes. El desafío está en construir un equilibrio: promover la tecnología sin sacrificar la autonomía individual ni permitir que otros decidan por nosotros a partir de la información que generamos.

La verdad es que sabemos poco sobre el valor real de nuestros propios datos. Las grandes corporaciones comprenden perfectamente el potencial de la información personal y colectiva. Sin embargo, también existe la oportunidad de que las personas aprendan a gestionar y utilizar sus datos de manera consciente y segura, generando nuevas oportunidades económicas y sociales.

Hoy la ciudadanía exige mayor control y transparencia sobre su información. Para que esa demanda se transforme en confianza, es indispensable desarrollar sistemas tecnológicos robustos y claros, donde las personas sepan cómo se usan sus datos y puedan decidir sobre ellos. La industria y los Estados recién comienzan a dimensionar esta nueva exigencia.

El reto es mayor: garantizar el acceso universal a Internet como un derecho básico, fomentar la alfabetización digital y, al mismo tiempo, proteger la libertad y la dignidad de las personas en un entorno cada vez más mediado por algoritmos. Solo así podremos aprovechar los beneficios de esta sociedad basada en datos y avanzar hacia un desarrollo que esté verdaderamente al servicio del ser humano.

Porque la tecnología debe ayudarnos a tomar mejores decisiones. Pero deben ser nuestras decisiones.

LUIS FERNANDO GONZÁLEZ
SUBDIRECTOR